

Voltaire esta mueca con que termina una bella confesion; ella prueba la fuerza de la verdad que se manifiesta por su boca enemiga.

No es menos notable que Voltaire juzgue *que no hay nada mas grande en la tierra* que la Hermana de la caridad. Voltaire es cristiano en esta admiracion, y hasta católico; y esto prueba hasta qué punto ha criado el Cristianismo nuevas costumbres. Los antepasados de Voltaire, Celso, Porphiro, Luciano, estaban lejos de esto, pues delataban á los cristianos á la irrision pública, por haberse dejado persuadir por su legislador de que todos eran hermanos (1). La sociedad pagana vió con prolongada admiracion á las hijas del Evangelio cuidar de las enfermedades y dolencias, auxiliar á los enfermos y lavar sus llagas. Allí estaba el perfecto antípoda de la mujer y de la antigua vírgen, cuya suprema prerogativa era en los sangrientos juegos del circo, negar la gracia al pobre gladiador que la imploraba y dar la señal de su muerte levantando el dedo pulgar.

*Pectusque jacentis*

*Virgo modesta jubet, converso pollice, rumpi* (2).

La caridad, y la caridad para el primero que viene, ó mas bien, para los mas pobres y los mas abandonados, sin distincion de rango ni de raza, la caridad para todo el género humano, *Charitas humani generis*, es, pues, tambien una creacion del Cristianismo, así como la Virginidad y el Martirio; y en la carrera de esta virtud que ha elevado el corazon del hombre á la altura, si me atrevo á decirlo así, del corazon de Dios, la mujer ha igualado, si no ha aventajado, al hombre. Ella se ha emancipado del egoismo, del lujo, de la sensualidad, de la pereza y de la nulidad en que yacia despreciada, y ha conquistado con el sacrificio y donacion de sí misma, la admiracion y el culto de la humanidad.

Esta nueva mujer aparece en el umbral del Cristianismo,

(1) Véase á Luciano en su *Philopatris*, y en su *vida de Peregrin*.

(2) PRUDENT. *De Vestal*. JUVENAL, *Satir.* III.

aun antes de los Apóstoles:—Se la reconoce en aquellas santas mujeres de Jerusalem que, entre la turba deícida que impelia á Jesus en el camino de su suplicio, *se golpeaban el pecho y lloraban* (1), y en aquellas que *fueron al sepulcro muy de mañana con perfumes para embalsamarlo* (2). Se la encuentra otra vez en aquella Tabitha ó Dorcas, de quien hablan las *ACTAS*, *llena de buenas obras y de limosnas*, y cuya *muerte lloraban todas las viudas, enseñando á San Pedro las túnicas y vestidos que ella les habia hecho* (3). San Pablo nos la pinta en las condiciones para admitir en el orden de Diaconistas: «Que se pueda dar testimonio de sus buenas obras; si ha educado bien sus hijos, si ha ejercido la hospitalidad, si ha lavado los pies á los Santos, si ha socorrido á los menesterosos, si se ha ejercitado en toda clase de buenas obras (4).» La caridad era ya para las mujeres cristianas una *profesion*, y Plinio, que mandó atormentar á dos de ellas, nos enseña en su carta á Trajano, que se las llamaba *Ministræ*. Pero muy pronto llegó á ser la caridad la profesion de toda mujer cristiana. Así aparece de una manera brillante en aquellas ilustres Romanas que daban con largueza á los miembros de Jesucristo las heredades fundadas por sus antepasados, con el sudor de los esclavos y la opresion de los pueblos. En aquella Domitila, que compró para sepulcro de los cristianos el vasto campo que se ha perpetuado por las pinturas de la capilla subterránea que mandó edificar en él, el testimonio de la devocion del primer siglo á María; en aquella Fabiola, que vendió su patrimonio para fundar el primer hospital que Roma opuso á los monumentos de sangre y prostitucion; y en aquella descendencia de los Gracos y Scipiones, en aquella Paula, en quien pinta San Gerónimo de antemano á la querida Santa Isabel de Hungría.—«Paula se vió por fin reducida á llorar á su esposo. En su dolor, se hubiera dicho, al ver la fuerza de sus pesares, que la pena de tal pérdida la llevaba á acompañar á

(1) Luc., XXIII, 27.

(2) Id., XXIV, 1.

(3) Actos, IX, 36—41.

(4) I. Timoth., V, 10.

su esposo al sepulcro; y al ver con qué diligencia se consagró al Señor, se hubiera creído que esperaba con impaciencia aquella muerte que la dejaba en libertad de seguir sus piadosos proyectos. ¿Hablaré aquí de aquella prodigiosa caridad para con los pobres, que hizo que repartiéndose entre ellos los tesoros de una casa como la suya, tan opulenta y tan antigua? ¿Hablaré de su inalterable dulzura, de aquella bondad que la hacia correr presurosa ante las necesidades de las personas, aun de aquellas que no conocia? ¿Cuántas veces no se la vió desnudarse de sus propias vestiduras para cubrir á un desgraciado moribundo, y privarse ella misma de lo necesario para aliviar á los enfermos! Buscaba con cuidado en los retiros mas ignorados de aquella ciudad inmensa al infeliz que se consumía sin auxilio, y miraba como una pérdida para ella que consolara á un necesitado otra mano que la suya; ella lo sacrificaba todo á esta ardiente caridad: y cuando alguno la reconvenia de que con ello perjudicaba á sus hijos, le contestaba, que ella les dejaba una herencia mucho mas preciosa, cual era la misericordia de Jesucristo... (1).»

¿Qué nuevo espectáculo para Roma pagana! Desde aquellos primeros tiempos, la caridad de la mujer cristiana no ha cesado de desplegarse, de tomar diversas formas y de organizarse; ha venido á ser un combate dispuesto contra todos los males de la especie humana; y hoy dia, el camino principal y mas adelantado que abre la industria á la civilizacion, puesto que circuye al mundo.

Así es que el primer corazon de mujer que latió con este sentimiento divino, y que recibéndolo de Jesucristo lo comunicó á todo su sexo, es el gran corazon de María. También, ¡oh notable testimonio! los orientales, en el respeto y admiracion que les causa el sacrificio de nuestras Hermanas de la caridad, no creén poderlas caracterizar y alabar de una manera mejor, que llamándolas *Mariás*; designacion patética; y que restos, en estos infieles, de la antigua tradicion, encierra toda una doctrina!

La Señora de la caridad ha nacido de la muerte de Cristo

(1) Carta de San Gerónimo á la virgen Eustaquia.

y de la *compasion* de su Madre, llamada tan justamente *Nuestra Señora de la Piedad*. En Cristo, la Virgen compadece á la humanidad doliente, así como en la humanidad doliente la Señora, la Hermana de la caridad compadece á Cristo.—La una se condolia de los miembros en la Cabeza, la otra se condolia de la Cabeza en sus miembros. En efecto, los miembros de Jesucristo son á quienes la imagen cristiana vé, honra y socorre en todos los desgraciados del género humano; esto es lo que la conmueve y lo que la enardece; es la *compasion* de María que pasa á su corazon, y que en realidad hace de la mujer una *María*, así como hace un Jesucristo de todo desgraciado.—Y esta *compasion* es tanto mas una emanacion de la de María, cuanto que ella solo era una anticipacion de la caridad que el Cristianismo ha inspirado á todas las mujeres cristianas para con la humanidad. Es la caridad, es el amor del género humano el que ha hecho que María llevase tan generosamente el peso del sacrificio de su divino Hijo. Si no cayó rendida, fué porque la sostenia su amor para con nosotros, es porque este equilibraba al que profesaba á su divino Hijo, ó bien que la enajenaba hasta el punto de hacerla adherirse á su sacrificio. ¿Qué caridad puede compararse con semejante caridad? ¿Quién no conoce que comprendia y aventajaba toda la caridad que la mujer cristiana podia experimentar mas tarde, y que ella debia inspirarla, como que la representaba en todos los desgraciados, á los redimidos con la sangre de Jesucristo y con las lágrimas de María?

IV. Finalmente, la mujer ha sido rescatada por el Apostolado. El Apostolado: he aquí todavía una virtud, un nuevo sentimiento *creado* por el Cristianismo en el corazon del hombre, y á la altura del cual se ha elevado la mujer hasta igualar, ya que no aventajar, al sexo que la aplanó hasta entonces con su desdeñosa y esclusiva superioridad.

«Santificado sea tu nombre;—venga á nos el tu reino;—hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo;» tales son los primeros deseos que la verdad misma pone en nuestros corazones y en nuestros lábios, para recurrir al Padre celestial, antes que nos preocupen nuestras mas impe-

riosas necesidades. Tenia Sócrates mucha razon para decir á Alcibiades: *El mejor partido que hay que tomar en la ignorancia que tenemos de lo que debemos pedir, es esperar á que alguien venga á instruirnos sobre el modo de comportarnos respecto de los dioses y de los hombres.* ¿Quién hubiera sospechado que el celo por los intereses de Dios, á quien nada falta, debiese ir delante del celo por los nuestros, y que debiésemos inquietarnos por su gloria antes de pedirle nuestro pan? Y así es en realidad. El celo por la honra y gloria de Dios, el acrecimiento de su reino, el cumplimiento de su voluntad; no en sí mismo, que se basta plenamente; no en el cielo, donde los Angeles y los Santos le bendicen por toda su bienaventuranza; no en la naturaleza, que canta su gloria con toda la hermosura de sus movimientos, sino en la tierra y en las almas á quienes ha dado El la libertad de menospreciarle y de blasfemarle, para que de su fidelidad y de su adoracion le resulte su mayor gloria; el celo, digo, de esta gloria, he aquí el fuego nuevo que el Cristianismo ha venido á encender en el corazon del hombre, y que ha recibido el hermoso nombre de *Apostolado*.

¡Cosa prodigiosa! ¡Honor inaudito! El hombre se vé con esto investido de la mision y del poder de *estender el reino de Dios*, de *ganarle almas*, de acrecentar su gloria y de ser, no solo el heraldo, sino el autor de ella; y autor, no solamente en el tiempo, sino en la eternidad que le sucede.

Pues bien: este servicio del Apostolado, del que ha querido Dios ser *deudor* al hombre, y al cual ha prometido por recompensa el esplendor de los astros del firmamento (1), la mujer ha sido elevada al honor de prestarlo al Todopoderoso. La mujer, reputada por la antigüedad pagana cual si hubiera recibido *una alma diferente, hecha de materias tomadas á los diversos animales*, ha sido promovida por el Cristianismo al ministerio de formar almas y de producirlas á la vida de Dios; de ser la iniciadora y la mensajera de la Luz eterna en el mundo. «Habrà sobre esto, dice M. Troplong, dignidades para ella en la Iglesia; será encargada (cosa no oída hasta enton-

(1) Daniel, XIII, 3.

ces) de una parte de la instruccion; participará del Apostolado; predicará á las mujeres, y tomará un carácter oficial (1).

Mas aquí no hay sino la parte muy escepcional de la accion apostólica de la mujer; porque lo propio de esta accion no es ser pública y oficial: el Catolicismo, al transformarlo todo, nada desnaturaliza, y sería desnaturalizar á la mujer el permitirle predicar, cosa que San Pablo prohíbe espresamente: el Apostolado de la mujer se ha distinguido desde el principio del Cristianismo por un carácter privado y oficioso; por el ejemplo, por la abnegacion, por una palabra dicha á propósito, mas aun, alguna vez, por el silencio de su desaprobacion ó de un deseo paciente, por el ascendiente de una vida que predica la verdad con la virtud, y la fé con la caridad; en fin, por el amor que persuade todavia mas que la ciencia, y por la influencia del sacrificio y del beneficio. La mujer ha *insinuado* el Cristianismo en el mundo. Esta accion ha sido poderosa hasta el punto de atraer al Cristianismo naciente esta inculpacion de Celso, de apoyarse principalmente en mujeres: *mulieribus credulis, mulierculas imperitas*; acusacion que Celso creia injuriosa para el Cristianismo, y que ha llegado á ser gloriosa para la mujer. En todas partes donde ha penetrado el Cristianismo, en todas partes donde se ha estendido, ha sido sin duda por la accion ostensible de un hombre; pero mirad bien detrás de ese hombre, y alguna vez delante, trátese del universo, de un imperio ó de una sola alma, siempre vereis una mujer.

Así mujeres santas seguian á Cristo, y precedieron á los Apóstoles en el anuncio de su resurreccion. En todas partes se les vé mezcladas en su predicacion, emprendiendo correrías y viajes, arrostrando fatigas y peligros, socorriendo á los indigentes y á los enfermos, visitando á los cautivos, lavándoles los piés, besando sus cadenas, bendiciendo su martirio, y confesando, propagando la fé con estos testimonios de caridad. Desde entonces esta cooperacion, iba á decir esta conjuracion apostólica de la mujer, no ha sido desmentida. Ella la ha sido siempre fiel como á una mision instintiva de su

(1) *De la influencia del Cristianismo*, pág. 304.

naturaleza regenerada. Los mas ilustres Padres de la Iglesia han debido la fé que han predicado y sostenido á Madres cristianas, que les han parido al Cristianismo y al Apostolado con la instruccion, con la oracion, y muchas veces con las lágrimas. Así debemos San Gregorio Nazianceno, cuyo padre era pagano, á Santa Nona y á su hermana mayor Santa Gorgonia; San Basilio el Grande, sus dos hermanos San Gregorio de Niza y San Pedro de Sebaste, á su madre Santa Emilia, y tambien á una hermana mayor, Santa Martina; San Juan Crisóstomo, á su madre Anthusa, que quedó viuda á los veinte años, y que era la admiracion de los paganos por las virtudes que le inspiraba la fé que ella misma procuraba inspirar á sus hijos; San Ambrosio á su hermana mayor Santa Marcelina; y San Agustin á Santa Mónica. Estos grandes Doctores nos han dejado, ellos mismos, el testimonio de esta deuda que debian, y que la fé cristiana debe en ellos á la mujer.

Pero el Apostolado de la mujer estaba llamado á manifestarse mas á las claras y en mayor escala; Santa Elena, de quien San Gregorio el Grande dice que, «encendia en todos los cristianos el fuego en que se abrasaba,» hace subir el Cristianismo al trono en su hijo el emperador Constantino; dota al universo con el madero sagrado de la Cruz que encontró, y consagra los Santos Lugares erigiendo suntuosas basílicas. La emperatriz Pulqueria que, «juntaba, dice Gibbon, á las virtudes de una virgen cristiana, el celo y la liberalidad de una soberana,» llenó el Oriente de iglesias magnificas dedicadas á Jesucristo y á su Santa Madre, de fundaciones caritativas en favor de los pobres y de los extranjeros, de donativos considerables á los conventos, y con sus piadosos esfuerzos para destruir las heregías opuestas de Nestorio y de Eutiques (1).—Pulqueria trasmite este Apostolado imperial á Eudoxia, cuyas fundaciones piadosas, cuyas limosnas, cuyas liberalidades para el sostenimiento del culto cristiano, sobrepujaron, dice Gibbon, la munificencia de Elena la Grande (2). Placidia, hija de Teodosio el Grande, despues de haber salvado á

(1) Gibbon, t. VI.

(2) Id., t. VI, pág. 195.

Roma y al Cristianismo, casándose con Ataulfo, rey de los Godos, y hecho que volviera sus armas contra los Vándalos, gobierna treinta y cinco años el imperio de Oriente en nombre de su hijo Justiniano III, y consagra este poder á reprimir las heregias y hacer reinar la verdadera fé (1).

Apóstol de los paganos, la mujer debia serlo tambien de los bárbaros, y tiene derecho á una parte de aquel hermoso elogio que hace Gibbon del Cristianismo: «El Cristianismo obtuvo sucesivamente dos victorias gloriosas y decisivas; la primera, sobre los ciudadanos civilizados del Imperio Romano, y la otra sobre los bárbaros de la Escitia y de la Germania, que dieron fin con el Imperio y abrazaron la religion de Roma (2).» El mismo autor atribuye, en efecto, la estincion del Arrianismo entre los bárbaros y la sumision del mundo entero á la fé de Nicea, á la conversion de Hermenegildo, príncipe visigodo, por la influencia de su virtuosa consorte Ingonda, perseguida á causa de su fé por Gosviuta, su abuela materna.—Aquella influencia fué tan pura y tan profunda, que Hermenegildo selló con su sangre la fé que Ingonda le habia hecho abrazar. El golpe fatal se lo atrajo por esta noble respuesta que dió á su padre, que era al mismo tiempo su verdugo: «Estoy dispuesto á devolveros el cetro que me habeis dado. Tambien estoy dispuesto á perder la vida, antes de abandonar la verdad. Conservaré hasta mi último suspiro el respeto que os debo, pero no es justo que un padre tenga mas poder sobre su hijo que Dios y su conciencia (3).» Este acontecimiento produjo la estincion del Arrianismo en el mundo germano.—Poco tiempo antes, se prosternaba Clodoveo á los piés del *Dios de Clotilde*; y la Francia, libertada del *Azote de Dios* por Santa Genoveva, daba principio á aquellos grandes destinos que debia restablecer Juana de Arco.

Aun hubiéramos podido citar mas ejemplos, porque la historia está llena de ellos. Estos bastan para mostrar la alta

(1) Gibbon, t. VI, pág. 212.—*Biografía Universal*, PLACIDIA.

(2) Id., t. VI, pág. 502.

(3) Id., t. VI, pág. 552 y 553.—*Biografía Universal*, HERMENEGILDO.

mision á que ha sido promovida la mujer por el Cristianismo. De esclava del hombre se ha convertido en *sierva* del Señor, en apóstol, en propagadora de su gloria. Háse encendido una nueva pasion en su alma, la de hacer los *negocios de Dios*; y el mundo no la creia á propósito para desempeñar los negocios domésticos, la de *estender su Reinado*, cuando era reputada como incapaz de gobernarse á sí misma (1); y el mas prodigioso éxito ha venido á coronar aquella ambicion como con una aureola; éxito, nótese bien, de que nunca se prevale la mujer cristiana; tan puro es el celo que la mueve á obrar; éxito, cuyo retardo no la desalienta; tan paciente es aquel mismo celo. No hay necesidad de evocar grandes figuras históricas para demostrar este fenómeno, lo tenemos continuamente á la vista. Nuestras madres, nuestras esposas, nuestras hermanas y nuestras hijas, ejercen su apostolado en todas estas condiciones y estados. ¿Quién dirá los prodigios de su persistencia, de su resignacion, de su caridad, de su industria, de su discrecion, de su piedad, de su dolor ó de su alegría, en esta conspiracion tácita por la gloria de Dios y la

(1) Cuando estábamos escribiendo esto, recibíamos de una señora las siguientes líneas: «Si desde mis primeros años hubiera yo respondido á los llamamientos de la gracia, llevaria hoy una vida retirada, y no siendo madre, no me acordaria del mundo. ¡Pesar inútil! Estoy unida á este mundo, y tengo que andar por él hasta que llegue el dia del descanso... Pero ¿por qué no me he de cuidar únicamente de mi propia salvacion, sin consumirme con el estéril deseo de trabajar por los demás, y de estender el reinado de Dios? ¿Es esta presuncion inquietud de espíritu, vanidad, orgullo? Quizá sí, no lo sé; ¿quién me lo dirá claramente? Deslumbradas, sin duda, por algunas apariencias, varias personas respetables me dicen lo contrario; ¿no debo yo creer que el afecto que me tienen las engaña, cuando veo fracasar casi todos mis esfuerzos y tentativas? Despues de contar lo infructuoso de su trabajo en aquel momento por la salvacion de un alma: «Ah, esclama, padezco de veras, me compadezco de aquella alma y pido á Dios que la ilumine, y que á mí me dé paciencia...» ¡Generoso tormento, cuya delicadeza hacen resaltar los escrúpulos, cuya intensidad nos ponen de manifiesto las pruebas!

salvacion de las almas? La misma naturaleza con los enagenamientos de la maternidad y del amor, se vé sobrepujada por esas emociones de la gracia, cuando las mujeres han dado á luz por segunda vez un hijo, es decir, cuando lo han atraído á la vida de Dios; cuando han conquistado á un padre ó á un marido para su felicidad y gloria; y están doblemente apasionadas de aquella gloria de Dios y de aquella felicidad de las almas (1). Pero no es á unas cuantas almas, es á toda

(1) La bendicion que ha echado Dios á nuestros trabajos, nos ha hecho saber cosas, con respecto á esto, que seria indiscreto revelar aun bajo el velo del anónimo; tanto es el desinterés y la humildad de aquellas almas justas que quieren atribuirnos á nosotros un mérito que es esclusivamente suyo! Al contrario, debemos dar testimonio de que *jamás* han conseguido nuestros *Estudios* su objeto, sino por medio de una mujer, de lo cual vamos á citar un tiernísimo ejemplo. Una mujer jóven se hallaba en el último trance, pero no sentia tanto el morir ni el que sus hijos, todavía muy pequeños, la perdiesen, como el dejar en el mundo un padre que la amaba apasionadamente y que carecia de las esperanzas que dá la fé. En vano habia tratado la moribunda por espacio de muchos años de convertirlo, y ya no la quedaban sino unos instantes de vida; he aquí cómo los aprovechó: Díjole que la habian hablado de una obra religiosa, que no habia podido leer por el mal estado de su salud, y le suplicó le leyera algunas páginas de ella, las que conociera podrian ser mas interesantes. Esta piadosa estratagemina fué bendecida por Dios. Enternecido el padre, se apresuró á proporcionar aquella satisfaccion á su hija; empezó á hojear el libro, y la gracia hizo que le fuera interesando aquella lectura, hecha á la cabecera de una cama que ofrecia un comentario tan importante de aquella; á la doble luz de una vida tan llena de virtudes y de la eternidad que reflejaba sobre la paciente la recompensa de estas, su alma se iluminó con los reflejos de la verdad, y la fé tomó posesion de aquella alma, hasta entonces tan tenaz en resistir á la gracia. La esperanza y el valor renacieron instantáneamente en aquel hombre, precisamente en el momento en que la muerte de su hija iba á sumirle en la desesperacion. El mismo Dios, recibido en comunion, dió fuerza al padre para vivir y á la hija para morir. Este hecho lo sabemos por boca del padre.